

# EL RAPTO DE HELENA EN LA LITERATURA GRECORROMANA

FÉLIX SÁNCHEZ MARTÍNEZ  
Universidad de Murcia

Acerca de este punto concreto dentro del mito de Paris y Helena se han escrito innumerables páginas por la mayoría de escritores griegos y latinos, sin duda porque el hecho del rapto fue la chispa que provocó una triste y prolongada guerra.

Paris es el hijo segundo de Príamo y Hécuba y hermano, entre otros, de Héctor, el primogénito, Creusa, Laódice, Polixena, Casandra, Deífobo, Héleno, Pamón, Polites, Antifo, Hipónoo, Polidoro y Troilo. Su nacimiento se ve envuelto en un gran prodigio. En efecto, cuando su madre estaba a punto de dar a luz, soñó que traía al mundo un haz de leña del que salían retorciéndose innumerables serpientes que prendían fuego a la ciudadela de Troya y a los bosques del monte Ida.

Dictys Cretensis nos presenta a Príamo en un momento de reflexión, cuando ya se ha derramado numerosa sangre en Troya, siendo la última víctima de esta lucha torpe y carente de un serio fundamento entre Griegos y Troyanos su hijo Héctor, el fuerte y valeroso Héctor, mil veces cantado por el insigne poeta Homero. Volviendo Príamo la mirada y el pensamiento hacia atrás, recuerda con preocupación el prodigio que precedió al nacimiento de Paris, causante directo de una guerra tan duradera como sangrienta. Pero concluye reconociendo la fuerza suprema del destino, puesto que ni aún presagiando los dioses los desastres que iba a causar aquel nacimiento se pudo evitar: ... *Alexandri natalem diem, quem evitari ne dis quidem praecinentibus potuisse*<sup>1</sup>.

Príamo, según Apolodoro e Higino entre otros, consultó y pidió la interpretación del sueño de Hécuba a su hijo Esaco, el adivino, –que había tenido con su primera mujer Arisbe– y éste le aseguró que el niño que iba a nacer sería la causa de la ruina de Troya<sup>2</sup>.

Desde un principio, pues, Paris queda predestinado y sobre su cabeza penderá una marca invisible, aunque Príamo no lo estima como culpable de todas las penalidades que sufre el pueblo troyano, sino que ve en él un instrumento del que se han servido los dioses para promover contra él y los suyos guerra tan luctuosa, de ahí que considere culpable a los dioses y no a Paris o a Helena<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Dictys, III 26.

<sup>2</sup> Apollod., II 12,5; Hyg., *Fab.* 91.

<sup>3</sup> Hom., *Il*, III 163.

Ante el anuncio hecho por Esaco en el sentido de que la troyana de la casa real que diera a luz un niño debía ser aniquilada, Príamo se vio en la necesidad de matar a su hermana Cila y a su hijo Munipo, nacido esa mañana misma, de su unión secreta con Timoeés, e igualmente debió perdonar la vida de ambos, Hécuba y Paris, aunque Herófila y otros adivinos instaron a Hécuba a que matara por lo menos al niño.

Conocemos por la *Eneida*<sup>4</sup> que aquella misma noche en que Ciseida<sup>5</sup>, la reina, preñada de un incendio, dio a luz a Paris, Teano alumbró a Mimante, compañero de éste y uno de los gigantes que combatió contra los dioses.

Esta leyenda del sueño de Hécuba, en opinión de Grimal<sup>6</sup>, está destinada a retrotraer hasta ella los orígenes del crimen que significó la perdición de Troya, ya simplemente por el hecho de haber sido la madre de Paris, ya por haberse negado a matar a éste, contra el parecer de los dioses, quedando justificadas de esta manera, hasta cierto punto, las desgracias que cayeron sobre la ciudad.

Paris fue abandonado por Agelao, no queriendo éste darle muerte, y durante cinco días una osa acudió a amamantar al niño en el monte Ida. Cuando volvió Agelao, quedó pasmado ante tamaño portento y se llevó al niño a su casa para criarlo juntamente con su propio hijo.

Otra variante sostiene que Hécuba entregó ocultamente el niño a unos pastores para que lo cuidasen en el monte Ida, lo cual podemos comprobar en Dictys Cretensis quien añade que Hécuba realizó esta acción por la costumbre de apiadarse, propia de la mujer: *Sed Hecubam more feminae miserationis clam alendun pastoribus in Idam tradidisse*<sup>7</sup>.

Paris fue creciendo, sin duda asistido por la protección cuidadosa de los dioses, que continúan firmes en su propósito de provocar una nueva guerra. Su noble alcornia pronto se puso de manifiesto debido a su máxima belleza, su gran valor y su inteligencia sobresaliente. En efecto, Homero, cuando presenta a Paris en el combate, lo hace destacando sus rasgos más sobresalientes, entre ellos los ya citados, belleza, valor e inteligencia, e incluso llega a equipararlo a los dioses mostrándolo con caracteres un tanto sobrehumanos, de forma que no sean extraños los calificativos referidos a destacar tales cualidades.

El rapto de Helena llevado a cabo por Paris ha provocado la reacción de cada uno de los poetas así como de los mismos personajes afectados directamente comprendiendo o culpando a ambos amantes, de forma que no es raro encontrar a un escritor en plan de juez dictaminando en favor o en contra.

Pero antes de continuar aportando la posición de cada autor con respecto al tema, debemos exponer cómo la causa última del rapto es la promesa de Afrodita hecha a Paris con motivo del juicio llevado a cabo por éste para determinar la belleza de las tres diosas, que se disputaban tan sublime galardón, por voluntad expresa de Zeus.

<sup>4</sup> Verg., *Aen.* X 702.

<sup>5</sup> Hécuba, hija de Ciseo, rey de Tracia, según una tradición; hija de Dimante, rey de Frigia, según otra.

<sup>6</sup> P. Grimal, *Diccionario de la mitología griega y romana*, Barcelona, 1965, p. 227.

<sup>7</sup> Dycitis, III 26.

Las tres diosas, Hera, Atenea y Afrodita, conducidas por Hermes, el mensajero de Zeus, llegaron a las laderas del monte Ida, en donde Paris, el elegido para ser juez, aparentaba los rebaños.

Hermes, el mensajero divino, le da el mandato de Zeus de que sea el juez de la belleza de las tres diosas, a lo que se opuso, en principio, alegando su humildad para tal cometido, mas, después, aceptó la orden de Zeus que le considera tan bello como sabio en los asuntos del corazón.

Paris, pues, no sin antes haber reconocido que es un ser humano y que, por lo tanto, está expuesto a cometer los más torpes errores, rogando a las perdedoras su acatamiento a la decisión por él tomada, se dispone a ejecutar el designio de Zeus, pero antes tiene que escuchar, una tras otra, a las tres divinidades que tratan de forzar su decisión, añadiendo seductoras promesas, además de su propio encanto.

Ovidio nos sitúa en el tiempo toda la escena cuando dice que Paris observó a las diosas a la luz del claro día:

*luce deas caeloque Paris spectavit aperto,  
cum dixit Veneri "vincis utramque, Venus".*<sup>8</sup>

Hera, la diosa de los niveos brazos, le promete el imperio sobre toda el Asia. Atenea, que parece ser en sus orígenes una diosa de la tempestad y del rayo, por lo que su atributo más corriente es la «egida», que significaba la noche tempestuosa, y su epíteto característico, utilizado por Homero a cada paso, es la diosa «de los ojos brillantes» (γλαυκῶπις), prometió al pastor la victoria en cuantos combates emprendiera.

Finalmente, Afrodita no teniendo cetros ni victorias que ofrecerle, se comprometió a dar a Paris como compañera, tras halagarle mencionando su belleza, a la más hermosa de los mortales, Helena de Esparta, cuya descripción personal se hace más detallada ante los ruegos de Paris.

Afrodita entre otras cosas le promete que le asistirá en la empresa si se dirige hacia Esparta y está segura de que Helena abandonará a Menelao, su hogar, su familia y todo para ser su esposa.<sup>9</sup>

La destrucción de Troya está ya más cerca. Paris come la manzana que se le ofrece volviendo a ser el más esencial instrumento del que se sirven los dioses para llevar a cabo su plan. Así lo cree Virgilio haciéndose eco de la idea de Homero, que dimos anteriormente, sobre la inculpabilidad de Paris, cuando Afrodita habla a Eneas invitándole a que no aborrezca la faz de la espartana Helena ni culpe a Paris. Y de nuevo, como Príamo, hace responsables a los dioses de la destrucción de Troya:

*Non tibi Tyndaridis facies invisa Lecaenae  
culpatusve Paris, divum inclementia, divum  
has evertit opes sternitque a culmine Troiam*<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Ov., *Ars* I 247.

<sup>9</sup> Luc., *D. deor.* 20.

<sup>10</sup> Verg., *Aen.* II 601-603.

siendo preciso resaltar la repetición del término “*divum*”, ya que Virgilio no quiere que pasen desapercibidos para sus lectores los agentes del derrocamiento troyano. Todo se hace según la voluntad de los dioses, de ahí que el humano sea sólo el brazo ejecutor, pero ajeno a toda responsabilidad.

El veredicto es dado: la más hermosa es Afrodita, aunque en la elección tuvo más fuerza el corazón de Paris que su razón para la que iban encaminadas las promesas de Hera y Atenea. ¿Habría sido vencedora igualmente Afrodita de no mediar la promesa de la consecución de Helena? Es creencia general que, en efecto, fue justa vencedora.

Para Ovidio es lógico que Juno y Palas pudieran parecer bellas y hermosas a Paris, sin embargo Venus venció a ambas, inferiores con respecto a ésta<sup>11</sup>. Por eso se pregunta extrañado por qué todavía aquellas dos se avergüenzan de no haber ganado el juicio en los montes de Frigia<sup>12</sup>:

*nam cur in Phrygiis Iunonem et Palladem silvis  
nunc quoque iudicium non tenuisse pudet?*

Hera y Atenea, no cumpliendo el requisito de Paris y heridas en su amor propio, se vengaron cruelmente de éste entregando su país a la destrucción y a la muerte, aunque Afrodita siempre estará al lado del troyano Paris librándole en numerosas ocasiones del peligro.

Dictys Cretensis, compañero de Idomeneo y de Merión, que habían sido los jefes del ejército griego que luchó contra Troya y que le ordenaron que escribiese los sucesos de la guerra, sitúa en el tiempo el momento en que Paris había cometido el pecado de infidelidad contra Menelao y contra Esparta.

El hecho, nos dice Dictys<sup>13</sup>, tuvo lugar en el tiempo en que Atreo había reunido a sus descendientes para dejarles sus heredades, asistiendo Idomeneo y Merión por un lado, por otro Palamedes y Deax, y por último Menelao, hijo de Europa y Plístenes.

El historiador Heródoto<sup>14</sup> refiere que la injuria cometida por Paris tuvo lugar en la segunda edad que siguió a los agravios producidos entre fenicios y griegos, robándose alternativamente a Io, Europa y Medea.

La fama de los raptos anteriores –sigue diciendo el de Halicarnaso–, que habían quedado impunes, inspiró a aquel joven el capricho de poseer también alguna mujer ilustre robada de Grecia, creyendo sin duda que no tendría que dar por esta injuria la menor satisfacción.

Ya sabemos que Hesíone, hermana de Príamo, siendo éste un niño, fue raptada por Hércules, que después de haber dado muerte a Laomedonte y conquistado Troya, se la llevó como botín de guerra y la entregó en presente a su amigo Telamón. A pesar de

<sup>11</sup> Ov., *Rem.* 711 s.

<sup>12</sup> Ov., *Ars* I 625-626.

<sup>13</sup> Dictys, I 3-4.

<sup>14</sup> Hdt., I 3.

que este héroe había elevado a la doncella a la dignidad de esposa suya y de princesa de Salamina, jamás Príamo y los suyos se habían consolado de aquel rapto. Cuando se convocó un consejo para tratar del rescate de Hesíone y ante el fracaso de las gestiones pacíficas, Paris, que participaba con sus hermanos en el consejo, declaró que si querían enviarlo con una flota a Grecia, con la ayuda de los dioses arrebataría a los enemigos la hermana de su padre y volvería victorioso a casa. Su deseo secreto era, por supuesto, ir a Esparta para llevarse a Helena<sup>15</sup>.

De este modo, Paris, con el consenso paterno, dirigió sus naves hacia Esparta, teniendo por acompañantes en tal expedición a muchos parientes y amigos entre los que sobresale Eneas, hijo de Anquises: *Aenea aliisque ex consanguinitate comitibus*<sup>16</sup>.

No pudieron retener al herido de amor ni las luctuosas predicciones sobre las causas tan perniciosas que produciría dicho viaje, ni las exclamaciones fatídicas que aseguraban que, si venía de Grecia con una mujer, los griegos llegarían a Troya arrasando la ciudad, ni, finalmente, Enone a pesar de los ruegos encarecidos de ésta en el sentido de que no la abandonara, puesto que una fuerza superior le arrastraba, insensible ante tales coacciones. Es por esto por lo que Ovidio nos recuerda que Enone habría tenido a Paris muchísimos años, de no ser porque se lo arrebatara la concubina espartana<sup>17</sup>:

*et Parin Oenone summos tenuisset ad annos  
si non Oebalia paelice laesa foret.*

Una vez que hubo llegado a Esparta fue recibido en hospitalidad en la casa de Menelao, esposo de Helena.

Según algunos autores, Menelao ya estaba ausente asistiendo a los funerales de Catreo en Creta cuando Paris arribó con sus naves a la ciudad; otros dicen que Menelao se encontraba junto a Helena a la llegada de aquél, debiendo marcharse unos días después a los funerales ya mencionados.

Sea como fuere, Paris se proponía llevar a cabo su cometido y la presencia de Menelao no iba a ser un obstáculo; al contrario, éste confiaba en ambos y permitía que Helena agasajara al huésped y gobernara el reino durante su ausencia.

Del tiempo que duró la estancia de Paris en Esparta no poseemos claras noticias. Es opinión generalizada que no transcurrieron muchos días, sino sólo los precisos para que el corazón de ambos llegase a su momento culminante. Entonces juntamente con Helena llevó consigo muchos tesoros y a cinco sirvientas, entre ellas a Etra y Climene, fieles de Helena, aunque no a Hermíone, hija de ésta, hecho que desencadenó las iras del pueblo griego que se sentía ultrajado ante semejante atrevimiento.

La gente más culta de Persia, nos refiere Heródoto<sup>18</sup>, la más instruida en la Historia, pretende que los fenicios fueron los autores primitivos de todas las discordias que se

<sup>15</sup> Hor., *Od.* I 15; V 1-2.

<sup>16</sup> Dictys, I 3.

<sup>17</sup> Ov., *Rem.* 457-458.

<sup>18</sup> Hdt., I 1-4.

suscitaron entre los griegos y las demás naciones, ya que tuvieron la arrogancia de raptar, en uno de sus desembarcos en Argos, a la princesa Io, hija de Inaco, rey de Argos, junto a otras mujeres.

Ciertos griegos llegaron después a Tiro, en las costas de Fenicia, y arrebataron a aquel príncipe una hija, por nombre Europa, pagando de este modo a los fenicios la injuria recibida con otra equivalente. No satisfechos los griegos con este robo, navegaron algunos años después hacia Colcos, a cuyo rey quitaron una hija llamada Medea.

Según dicen los persas, prosigue Heródoto, no hubo más hostilidades que las de estos raptos mutuos, siendo los griegos quienes tuvieron la culpa de que en lo sucesivo se encendiese la discordia, por haber empezado sus expediciones contra el Asia antes que pensasen los persas en hacerlas contra Europa.

En su opinión, el hecho de robar las mujeres es algo que repugna a las reglas de la justicia; sin embargo, piensa que es reflejo de la poca cultura y civilización el tomar con tanto empeño la venganza por ellas, y por el contrario, cuando los pueblos no hacen caso de las que han sido robadas, manifiestan con ello ser gente cuerda y política, porque –y aquí está el punto culminante de estas reflexiones– bien claro está que si ellas no lo quisieran de veras nunca habrían sido robadas.

En efecto, ¿es un tópico el rapto de Helena? ¿No es más bien un deseo por su parte de ser raptada? ¿Acaso Paris era débil en hermosura para no haber enamorado a Helena?

De esta misma forma se expresa Ovidio, uno de los poetas latinos que más se ha interesado en la guerra troyana, en cuya opinión si algún culpable existe, ése es Menelao; por lo cual absuelve totalmente a Helena de responsabilidad porque ella sólo usó de la complacencia de su esposo<sup>19</sup>. Es más, increpa a Menelao reprochándole que se haya ido sin Helena a Creta y haya permanecido allí tranquilamente alejado de ella, hasta que Paris se la hubo robado. Entonces no puede pasar sin su esposa y con el amor de otro creció el suyo<sup>20</sup>.

Sobre el viaje de regreso a Troya de Paris llevando a Helena hay infinidad de discrepancias, lo cual podríamos afirmar que es una constante en la literatura clásica, y al respecto hemos de acudir a unas ideas de José Alsina acerca de las variantes míticas en la literatura<sup>21</sup>.

Según éste, no es muy sorprendente, en principio, la existencia de variantes de detalle dentro de una leyenda, una tradición o un mito, ya que dos o más regiones pueden ofrecer versiones más o menos divergentes de un cuento o una leyenda, debidas a la rivalidad o a motivos políticos, e incluso en versiones poéticas de una leyenda cada poeta, aun manteniéndose fiel al núcleo central, introduce variantes de acuerdo con su propia manera de ver las cosas.

Continúa diciendo Alsina que quizás sea Grecia el ejemplo más patente de las múltiples variaciones a que pueden someterse los temas mítico-literarios y aduce el texto

<sup>19</sup> Ov., *Ars* II 359 ss.

<sup>20</sup> Ov., *Rem.* 775 s.

<sup>21</sup> J. Alsina, *Literatura Griega*, Barcelona, 1967, p. 246 ss.

de Pausanias (IX 16, 7), que decía que “los griegos nunca están de acuerdo sobre un relato mítico”.

Las causas que originan las múltiples versiones de un mismo mito son, según Alsina, el hecho de que el poeta pueda adoptar las formas más diversas si adopta la versión de una ciudad o de otra; otras veces, son causas políticas, otras, religiosas; en algunas ocasiones el poeta busca, con estas considerables modificaciones, motivar la tragicidad de los temas por ellos poetizados o, simplemente, su interpretación personal del mito le induce a introducir ligeras variantes.

Con esta visión vamos a analizar las variantes más importantes acerca del viaje desde Esparta, comenzando lógicamente por las versiones más antiguas.

Homero, aunque no de forma extensa, alude a una ruta en exceso larga seguida por Helena y Paris, que tras pasar por Sidón no sin llevarse mujeres y objetos valiosos, llegaron a Troya. Ella permanece durante toda la guerra en Troya<sup>22</sup>.

Los *Cantos Ciprios* relatan que Paris llega a Troya con Helena en tres días de tranquila navegación, lo cual se opone radicalmente a la versión de Homero, basándose Heródoto en esta diferencia para negar que el propio Homero sea el autor de los citados Cantos Ciprios.

Estesícoro nos proporciona una buena base para estudiar la cuestión de las modificaciones de los mitos. De este poeta siciliano sabemos que se enfrentó a una serie de temas homéricos introduciendo numerosas modificaciones en las leyendas, ya con el fin de darles un colorido siciliano, ya para poner de acuerdo con la mentalidad dórico-aristocrática de su época los mitos de sus poemas.

La variante más importante introducida por él se refiere al tratamiento de la figura de Helena siempre en un tono acusatorio.

Comentando Alsina este ejemplo de variante mítica dice lo siguiente:

“Aunque sólo conocemos estas cuestiones a través de noticias sueltas, está fuera de duda que Estesícoro escribió un poema, la *Palinodia*, en el que, cambiando su interpretación del tema del rapto de esta figura, que antes había poetizado en su poema *Helena*, sostiene que la heroína no fue por su propia voluntad a Troya, sino que los dioses fabricaron una “imagen” parecida a ella y la entregaron a Paris, mientras la Helena auténtica permanecía en Egipto”<sup>23</sup>.

Finalmente, ha sido Eurípides, uno de los escritores antiguos que más directa y extensamente ha tocado el presente mito, quien nos ofrece una variante de este tema muy semejante a la ofrecida por Estesícoro, al cual debe probablemente la idea de la “imagen”.

En efecto, sostiene Eurípides que Helena no ha estado en Troya y que, en cambio, un fantasma de Helena es el que acompañó a Paris, como apreciamos a través de sus obras *Helena* y *Electra*, entre otras, donde nos dice que es del palacio de Proteo en Egipto de

<sup>22</sup> Hom., *Il.* VI 289.

<sup>23</sup> J. Alsina, *op. cit.*, p. 248.

donde vuelve Helena; pues ella no ha ido nunca a Frigia. Pero Zeus, para suscitar entre los humanos la discordia, había enviado a Troya un fantasma de su parecido<sup>24</sup>.

Heródoto debe conocer la versión de Estesícoro, ya que sigue las directrices impuestas por éste sobre la estancia de Helena en Egipto mientras tiene lugar la guerra de Troya. Y aporta unas razones, que nos parecen hasta cierto punto aceptables, para demostrar que Helena no pudo estar de ninguna manera en Troya, porque, de haber permanecido allí en la realidad, “ni Príamo ni sus demás familiares hubieran sido tan insensatos como para querer poner en peligro sus vidas, sus hijos y su ciudad con tal de que Alejandro pudiese vivir con Helena”<sup>25</sup>.

Insiste Heródoto que en el supuesto de que al principio de la contienda tomaran la decisión de no restituirla, Príamo, al ver caer tanto troyano combatiendo con los griegos, incluso a sus hijos, la habría devuelto a los aqueos, “aunque el propio Príamo hubiese convivido con Helena”<sup>26</sup>.

“Además, el trono no iba a recaer en Alejandro, de modo que, por ser Príamo anciano, el gobierno estuviera en sus manos, sino que era Héctor, que era mayor y más hombre que Alejandro, quien iba a heredarlo a la muerte de Príamo; y no le convenía permitir los desmanes de su hermano, sobre todo cuando, por su culpa, grandes infortunios le afectaban a él en particular y, en general, a los demás troyanos”<sup>27</sup>.

Heródoto, en fin, juzga que la destrucción de Troya es algo querido por la divinidad con el fin de hacer patente a los mortales que los dioses castigan horrorosa y ejemplarmente los atroces y enormes atentados de aquellos que alteran las normas ético-sociales. Con esto se muestra más religioso que Eurípides, quien ve en la destrucción la voluntad de Zeus con el solo fin de aliviar a la Tierra de una gran multitud de mortales.

El P. Bartolomé Pou al referirse a esta idea opina que Heródoto “parece penetrado de la operación de Dios sobre los Imperios de la Tierra, que también se deja ver en el Viejo Testamento, y de la máxima de que las naciones y sociedades pagan siempre su merecido sobre la Tierra, aun cuando para algunos particulares se dilate el castigo para la otra vida”<sup>28</sup>.

La visión adoptada por estos autores griegos sobre la actitud de ambos amantes varía de unos a otros igual que se ha producido variación en la historia misma del tema.

En la *Iliada* homérica, Helena y Paris son dos participantes de excepción en la guerra, siendo conscientes del gran delito cometido, y por tal motivo la figura de ambos está sometida a cambios bruscos en su manera de actuar.

Es norma general que siempre que Homero “pinta” a Paris lo hace destacando su magnificencia, su poder y su deiformidad. Contrasta grandemente en este sentido la

<sup>24</sup> Eur., *El.* 1280-3.

<sup>25</sup> Hdt., II 120,2. (La traducción que sigo en los textos de Heródoto es la de Carlos Schrader. Ed. Gredos).

<sup>26</sup> Hdt., II 120,3.

<sup>27</sup> Hdt., II 120,4.

<sup>28</sup> Nota a Hdt., II 120,5 (Trad. a cargo del P. Bartolomé Pou, ed. Obras Maestras, Barcelona, 1968).

descripción de Paris cuando va a enfrentarse al ejército griego, semejante a un dios, con una piel de leopardo en los hombros y desafiador de los más valientes argivos<sup>29</sup>, con la cobardía experimentada una vez que ha visto a Menelao<sup>30</sup>, por lo que es justamente reprendido por su hermano Héctor<sup>31</sup>. A través de las palabras de éste podemos advertir cuál era la opinión del pueblo en general y la de Homero en particular: Paris es de hermosa figura, mujeriego y seductor, al mismo tiempo la vergüenza y el oprobio de su pueblo, exento de valor y de fuerza y causante de la guerra. Si bien, en alguna ocasión, el propio Héctor alaba su valentía aunque comprende que a veces se abandona y no quiere pelear.

También es objeto de reproche por parte de Helena con ocasión de la vergüenza sufrida en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo con Menelao, echándole en cara las blasonerías de ser superior en fuerza, en puños y en el manejo de la lanza<sup>32</sup>. Con todo, Paris aparece como un gran combatiente y excelente guerrero presto a dirigir o a luchar.

En cuanto a Helena, desde un principio es absuelta de culpa por Príamo, quien no ve sino una acción de los dioses contra Troya.

Los ancianos del pueblo, que no combatían, pero que eran buenos arengadores, a la vista de Helena creen que no es reprehensible que los troyanos y los aqueos sufran tantos males por una mujer como ésta, cuyo rostro tanto se parece al de las diosas inmortales. Pero, aun siendo así, opinan que debe irse en las naves antes de que se convierta en una plaga para todos. Ella misma es consciente de su culpabilidad cuando lamenta ante el cadáver de Héctor su desgracia, prefiriendo haber muerto antes. Con el corazón afligido, llora por él y por sí misma, desgraciada, pues ya no habrá en Troya quien sea amigo y benévolo con ella<sup>33</sup>. De ahí que se encuentre totalmente sola en medio de las miradas airadas y las ofensas de todos.

Como podemos apreciar, sólo Príamo y Héctor han tratado a Helena con palabras afables y cariñosas; los demás, conforme la guerra ha producido más muertos, han ido acrecentando su odio y su repulsa hacia la que consideran la única causante de tales males.

Estesícoro es uno de los escritores que más se ha distinguido por sus reproches contra Helena, a la que intenta quitar la aureola que desde Homero habían respetado los poetas, no en balde se ha considerado a aquél totalmente antihomérico.

Estesícoro es un innovador de leyendas, rasgo que habrá de tenerse en cuenta para comprender el carácter de su producción.

En cierto modo, opina J. Alsina<sup>34</sup>, es lícito afirmar que el poeta de Hímera ha recreado toda la tradición épica anterior, adaptándola al género lírico y dotándola de un

<sup>29</sup> *Il.*, III 15-20.

<sup>30</sup> *Il.*, III 30-32.

<sup>31</sup> *Il.*, III 38-57.

<sup>32</sup> *Il.*, III 428-436.

<sup>33</sup> *Il.*, XXIV 762-775.

<sup>34</sup> J. Alsina, "La *Helena* y la *Palinodia* de Estesícoro", *Eclás.*, t. IV, vol. 22, 1957, pp. 157-162.

mero sentido que coincide con el espíritu aristocrático-espartano, que constituye la base fundamental de la mentalidad arcaica.

Estesícoro en su *Helena* desacredita a la protagonista de la obra censurando ásperamente la conducta de ésta y diciendo que no fue Helena en persona sino un fantasma de ella el que había seguido a Paris hasta Troya.

Ante estas acusaciones, se dice que los Dioscuros lo dejaron ciego en castigo por haber difamado a su hermana. Le fue restituida la vista una vez que escribió la *Palinodia*, en la que el poeta se retractaba de sus afirmaciones anteriores acerca de Helena y entonaba un canto de arrepentimiento, alabándola y afirmando que no había tenido nada que ver con la guerra de Troya.

Horacio se hace eco de este hecho aludiendo al poder de la plegaria del poeta sobre Cástor y Pólux, hermanos de Helena, los cuales, vencidos por el arrepentimiento de Estesícoro, le restituyeron toda la luz que le habían quitado<sup>35</sup>.

Asimismo, Ovidio refiere esta tradición diciendo que el poeta (Estesícoro) que llenó de oprobio a la esposa de Menelao, mejor aconsejado, cantó después sus alabanzas<sup>36</sup>.

Esquilo no habla de Helena como de una mujer perdida sino como de un demonio, de una Erinis, de una fuerza natural o sobrenatural, pero sin acusar a nadie nada más que al destino.

En revancha, Eurípides, en una gran parte de su obra, se ha abatido contra el personaje, tornándose la imprecación en insulto y haciendo de Helena el tipo de la espartana que a él le gusta imaginarse atada a todos los vicios.

Por otro lado, mientras que normalmente en la *Iliada* Helena sólo se acusa a sí misma, en Eurípides las acusaciones contra ella son de todas clases y provienen de todos los personajes: Helena es condenada en las *Troyanas* y su propio esposo se encarga de la ejecución de la sentencia. Peleo la llama una perra traidora en *Andrómaca*, etc.

La guerra de Troya y la subsiguiente destrucción y saqueo llevan consigo el fin del mito de Paris y Helena de una forma violenta y trágica, aunque es algo que se ha vislumbrado desde un principio, pues parecen ambos llevar un signo que los predestina y del que no pueden evadirse.

La destrucción de Troya, decimos, ha causado la ruptura del mito de una forma física, mas no ha podido borrar su recuerdo que ha permanecido poeta tras poeta, unos manteniendo vivos los amores de ambos, otros, los menos, castigando duramente la osadía a que han dado lugar esos amores.

---

<sup>35</sup> Hor., *Ep* XVII 41 ss.

<sup>36</sup> Ov., *Ars* III 49.